

La Teología del Cuerpo como clave de identidad, comunión y misión en el Regnum Christi

Francisco Javier Delgado Cervantes, L.C.

Licenciado en Filosofía y doctorando en Teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. Profesor de Antropología en la Universidad Anáhuac de México y en el Instituto Juan Pablo II de México.

Introducción

En medio de nuestro camino de renovación como Regnum Christi, hemos descubierto luces providenciales que nos han ayudado a redescubrir quiénes somos y hacia dónde vamos. Una de ellas ha sido la Teología del Cuerpo, que se ha mostrado como una respuesta especialmente oportuna a lo que nuestros Estatutos describen como «las necesidades más apremiantes del mundo y de la Iglesia»¹. El objetivo de este artículo es mostrar cómo la Teología del Cuerpo de san Juan Pablo II constituye hoy una luz viva para la renovación del Regnum Christi y, al mismo tiempo, una respuesta a la crisis antropológica que atraviesa nuestra cultura. Más que un tratado académico o unas catequesis situadas en el pasado, este magisterio se revela como un mensaje profético que redime la identidad, integra la afectividad, abre a la comunión e impulsa a la misión.

El trasfondo cultural en el que se sitúa esta reflexión es bien conocido: el hombre contemporáneo es capaz de fabricar máquinas inteligentes y diseñar sistemas de comunicación global, pero cada vez le cuesta más conectar consigo mismo y responder a las preguntas más elementales y existenciales: ¿qué significa ser hombre?, ¿qué significa ser mujer? La filosofía moderna y contemporánea ha convertido a la persona en «autoproyecto»², en un ser arrojado al mundo con el deber de construirse a sí mismo, desconectado de

¹ *Estatutos de la Federación Regnum Christi* (2019), n. 10, en <https://regnumchristi.org/es/wp-content/uploads/2025/02/Estatutos-de-la-Federacion-RC-2019-Updated.pdf> [consultado el 23-08-2025].

² La noción de autoproyecto remite a categorías desarrolladas en la modernidad filosófica (Heidegger: *Dasein* como ser arrojado; Nietzsche: voluntad de poder; Marx: hombre como producto de sus condiciones materiales; Freud: reducción de la libertad al inconsciente; Feuerbach: proyección de lo divino en lo humano). La propuesta de Wojtyła –como se verá más adelante– constituye una hermenéutica

su origen y de su fin. El resultado es que la persona tiende a percibirse casi exclusivamente como proyecto, como idea que debe ser realizada y no como realidad que debe ser acogida. La Teología del Cuerpo, por el contrario, no niega la dimensión proyectiva de la existencia humana, sino que la fundamenta en una lógica más amplia: la vida es ante todo don recibido y, precisamente por eso, se convierte también en tarea o proyecto³. En este sentido, el hombre no es solo don o solo proyecto, sino don llamado a darse, existencia recibida que se realiza en el dar-se. El papa Francisco ha retomado esta misma lógica al subrayar que «la realidad es superior a la idea»⁴.

Frente a este panorama, Karol Wojtyła propuso una hermenéutica completamente diversa: la hermenéutica del don. El ser humano no es un dato neutro ni un proyecto vacío, sino un don querido por el Dador. Existimos porque hemos sido amados. Nacemos en una lógica de gratuidad. Esta clave constituye la verdadera antítesis al nihilismo contemporáneo: comprender la vida como don recibido, llamado a ser entregado y fecundo. En esta línea, el Concilio Vaticano II afirma que «el hombre, única criatura en la tierra que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente sino a través del don sincero de sí mismo»⁵. El cuerpo, lejos de ser un límite que debemos superar manipulándolo, es el lugar donde se nos revela la vocación al amor, el lugar donde aprendemos la gramática del amor y donde podemos realizar el don de nosotros mismos.

Vista así, la Teología del Cuerpo no es un tratado marginal. Más bien, como advirtió George Weigel, es «una especie de bomba teológica de relojería programada para estallar con resultados espectaculares en algún momento del tercer milenio de la Iglesia. Cuando suceda, quizá en el siglo XXI, es muy posible que la Teología del Cuerpo sea considerada un momento crítico, no solo de la teología católica sino de la historia del pensamiento moderno»⁶. Justo aho-

radicalmente distinta: no el hombre como proyecto de sí, sino como don recibido y llamado al don.

³ Baste para este caso el título de una de sus obras previas a la Teología del Cuerpo, *Amor y responsabilidad*, que evidencia ese esquema de «don y tarea».

⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 231, en https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html [consultado el 23-08-2025].

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 24, en https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html [consultado el 23-08-2025].

⁶ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza: biografía de Juan Pablo II*, Plaza & Janés, Barcelona 1999, 465-466.

ra, en medio de la crisis cultural y antropológica, su mensaje tiene la capacidad de desplegar todo su potencial: frente al «hombre-autoproyecto», propone al «hombre-don»; frente al individualismo, la comunión de personas.

Este magisterio ilumina no solo los desafíos culturales de la humanidad, sino también la vida al interno del *Regnum Christi*, o de cualquier otra comunidad eclesial. En los últimos años, hemos recorrido un camino de conversión y de renovación en el que hemos descubierto cuánto necesitamos redescubrir la verdad del don. No se trata de insistir en el pasado, sino de reconocer cómo la gracia ha actuado en medio de nuestra fragilidad y cómo la Teología del Cuerpo, directa o indirectamente, ha sido y sigue siendo un instrumento providencial de redención y de impulso apostólico.

Por eso, el presente artículo no pretende abordar este tema solo desde un plano académico, sino desde la vivencia concreta de una familia espiritual que ha experimentado de cerca las consecuencias del pecado y, al mismo tiempo, la fuerza sanadora que brota de la redención, de la fuente del amor. Desde esta experiencia, la Teología del Cuerpo se nos presenta como un verdadero criterio de discernimiento y como semilla de misión: nos recuerda lo que significa ser varón y mujer, nos llama a acoger y vivir la dinámica del don en comunión de personas y nos envía a una fecundidad que es más que eficiencia, porque no brota del hacer, sino del ser.

El propósito de este artículo es, por tanto, volver a poner sobre la mesa la necesidad de profundizar en la Teología del Cuerpo como parte de nuestro camino de renovación. En el plano personal, cada uno, según su propia vocación, está llamado a revisar cómo vive el significado esponsal de su cuerpo. En el plano comunitario, estamos invitados a crecer en la comunión, reconociéndonos como don y viviendo en comunión de personas. Y en el plano apostólico, se trata de redescubrir que la misión, cuando se despoja del esquema del «hacer» que conduce al activismo, se revela el fruto fecundo de la verdadera vida en el Espíritu: una vida que engendra vida nueva, vida eterna, en la Iglesia y en el mundo.

El artículo se estructura en tres apartados: primero, la identidad, iluminada por el significado filial y esponsal del cuerpo; luego, la comunión, entendida como reciprocidad y complementariedad vocacional; y, finalmente, la misión, concebida como fecundidad del amor que renueva nuestra historia y nuestra cultura.

I. Identidad

A. Una crisis de identidad

La crisis que atraviesa nuestra cultura no es principalmente de medios, sino de fines. El hombre contemporáneo sabe fabricar máquinas capaces de sustituir su propia inteligencia, pero no sabe ya responder a las preguntas más elementales: ¿qué significa ser varón?, ¿qué significa ser mujer?, ¿qué significa ser persona? El vacío que se abre en torno a estas cuestiones deja a muchos a merced de un individualismo radical que convierte el cuerpo en un objeto manipulable, un instrumento de placer o un campo de experimentación técnica. La sexualidad se presenta entonces como un accesorio disponible, casi un juguete de la voluntad, desligado de toda verdad del ser. En este contexto, las heridas afectivas y el sentimiento de desarraigo se multiplican. Una identidad que no encuentra fundamento en la verdad de lo que somos acaba por volverse frágil, fragmentada, fácilmente manipulable.

Esta dificultad no surge de la nada. Es fruto de una larga historia intelectual en la que el cuerpo quedó progresivamente marginado. Durante siglos, gran parte de la filosofía y de la teología interpretaron la *imago Dei* casi exclusivamente en clave espiritual: razón, libertad, alma inmortal. La corporeidad quedaba relegada a un plano secundario, como algo accidental o incluso sospechoso. Con ello, la diferencia sexual fue reducida a un dato biológico, necesario para la conservación de la especie, pero irrelevante para comprender la identidad personal. Blanca Castilla ha señalado que, hasta Juan Pablo II, la antropología cristiana se mantuvo «milenariamente asexual» y que aún estaba pendiente precisar «el estatuto ontológico de la condición sexual»⁷.

B. El giro wojtyliano: la hermenéutica del don

Karol Wojtyła, primero como filósofo y pastor y después como Papa, percibió con claridad la insuficiencia de este planteamiento. A través de una paciente reflexión que combinó fenomenología, metafísica y exégesis bíblica, dio un paso decisivo que Castilla ha descrito como un «giro copernicano» en la antropología. Frente a la tradición que consideraba el sexo como un accidente o un simple atributo, Wojtyła afirma que el ser varón o mujer es constitutivo de

⁷ B. CASTILLA DE CORTÁZAR, «Radicalidad de la condición sexual», *Acta Philosophica* 25 (2016), 221.

la persona: «El sexo, en cierto sentido, es constitutivo de la persona, no solo atributo suyo»⁸.

Esta intuición transforma radicalmente el modo de comprender la identidad. Si el sexo es constitutivo de la persona, entonces el cuerpo ya no puede ser pensado como un objeto disponible, sino como la expresión misma de la persona. Como escribe Wojtyła en *Persona y acción*, «el cuerpo es expresión de la persona»⁹. Y en las catequesis de la Teología del Cuerpo afirma: «El cuerpo, de hecho, y solo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino»¹⁰. El cuerpo dice quién soy, revela mi identidad única e irrepetible, y lo hace siempre en la modalidad sexuada de la masculinidad o de la feminidad.

En este sentido, Wojtyła sostiene que el cuerpo posee un significado esponsal: manifiesta que la persona está llamada a darse, a salir de sí, a entrar en relación. «La conciencia del significado esponsal del cuerpo, vinculado a la masculinidad-feminidad del hombre, indica una capacidad particular de expresar el amor en el que el hombre se convierte en don»¹¹. Ser persona significa, en su raíz más honda, estar llamado al don de sí mismo.

C. Los significados del cuerpo y el don

El significado esponsal del cuerpo no se limita a la capacidad biológica de la unión o de la procreación. Expresa una verdad ontológica: que la persona, en cuanto varón o mujer, está hecha para amar y solo en el don sincero de sí puede encontrarse. Aquí se descubre la clave para comprender la identidad personal: no soy un proyecto cerrado sobre mí mismo, sino un don en búsqueda de acogida. Como lo expresó el Concilio Vaticano II: «El hombre, única criatura en la tierra que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo si no es a través de un don sincero de sí mismo»¹².

Para iluminar esta verdad, Wojtyła introduce la hermenéutica del don, que nos permite interpretar la existencia humana desde la

⁸ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 21 de noviembre de 1979, n. 1, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19791121.html [consultado el 23-08-2025].

⁹ K. WOJTYŁA, *Persona y acción*, BAC, Madrid 2011, 278.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 20 de febrero de 1980, n. 4, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1980/documents/hf_jp-ii_aud_19800220.html [consultado el 23-08-2025].

¹¹ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 16 de enero de 1980, n. 4, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1980/documents/hf_jp-ii_aud_19800116.html [consultado el 23-08-2025].

¹² CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24.

lógica de lo recibido. La vida no es producción propia, es donación originaria. En el nivel más elemental, el cuerpo manifiesta un significado filial: existir es ya haber sido amado, haber sido llamado a la vida. Nadie se da la existencia a sí mismo.

Desde este punto de partida se abre el horizonte del significado esponsal: si he sido creado como don, mi vocación es convertirme en don para otro. La masculinidad y la feminidad revelan esta orientación al don, de modos distintos y complementarios, pero igualmente personales. Finalmente, el cuerpo posee un significado fecundo: el don recibido y entregado se prolonga en la apertura a dar vida, no solo en el sentido biológico de la generación, sino también en la capacidad de engendrar comunión, cultura y obras que permanecen.

Esta triple dimensión –filial, esponsal y fecunda– ofrece una base sólida para superar tanto el biologicismo reduccionista como el constructivismo individualista. La identidad no es un dato meramente natural ni una invención subjetiva: es don recibido, llamado a convertirse en don entregado y fecundo. En esta clave, la Teología del Cuerpo se revela como una verdadera respuesta al individualismo posmoderno. Frente a la libertad entendida como pura auto-determinación, Wojtyła muestra que la libertad auténtica es capacidad de recibir y de darse. Frente al sexo reducido a entretenimiento, recuerda que el cuerpo humano habla un lenguaje, la gramática del amor, que es al mismo tiempo antropológica y teológica.

D. Identidad herida y redimida en el Regnum Christi

En nuestra historia como Regnum Christi, estas intuiciones no resuenan como teoría abstracta, sino como parte de un camino real de dolor y redención, de fragilidad y de gracia. Durante mucho tiempo, nuestra formación se vio marcada por silencios y temores en torno a la afectividad y la sexualidad, lo que dificultaba la comprensión plena del significado esponsal del cuerpo. Esto dejó huellas personales e institucionales que hoy reconocemos con humildad: heridas que no siempre supimos nombrar, y también heridas que pudimos provocar en otros.

Sin embargo, precisamente ahí donde apareció la herida, hemos experimentado que puede brotar la redención. En los últimos años, el Espíritu ha suscitado en nuestra familia espiritual un renovado cuidado por los procesos de sanación: tanto en la vida personal de legionarios, consagradas y laicos consagrados, como en la proliferación de apostolados de sanación que nacen de esta experiencia. A la luz de la Teología del Cuerpo, descubrimos que la herida no es el final, sino el lugar donde la gracia puede revelarnos nuestra ver-

dadera identidad. Hemos experimentado que el camino de sanación pasa por reconciliarnos con nuestro cuerpo, que es el lugar de nuestra historia, por reconocer nuestra masculinidad o feminidad como un don recibido, por aprender de nuevo lo que significa ser don para otro. Hemos comprendido que la identidad sponsal no es un lujo académico, sino una urgencia pastoral.

Para nosotros, consagrados, consagradas y legionarios, esta clave es decisiva. Sin una referencia sponsal viva a Cristo, fácilmente perdemos el rumbo. Dejamos de ser esposos de un Señor que nos llama por nuestro nombre, y corremos el riesgo de convertirnos en gestores de estructuras o en activistas de proyectos propios. La identidad sponsal con Cristo es la única brújula que nos libra de la tentación de vivir de rentas o de diluirnos en un voluntarismo sin alma. Del mismo modo, para los laicos, también la vocación es profundamente sponsal. En el matrimonio, perseverar en la alianza significa vivirla en referencia a Cristo, el Esposo. Y en la soltería, la vida adquiere sentido cuando se vive desde una pertenencia sponsal a Cristo y a la Iglesia. Como recuerda *Mulieris dignitatem*: «Cada hombre es imagen de Dios como criatura racional y libre [...] No puede existir solo: puede existir solamente como unidad de los dos, en relación con otra persona humana»¹³.

La comprensión de esta dimensión sponsal del cuerpo humano, que es llamada a la comunión de personas, ordenado no solo a la generación, es uno de los retos que Juan Pablo II ha dejado a la teología posterior. Según Castilla de Cortázar, la sponsalidad

es la relación antropológica primordial del varón frente a la mujer o de ésta frente a aquel [...] Ambos se explican y dan sentido uno al otro, situados frente a frente y con la capacidad de formar entre los dos una unidad, un co-ser, de orden superior al de sus propias individualidades consideradas una a una. Por esa razón, aunque cada uno tiene valor por sí mismo, en cuanto persona, al ser la persona ontológicamente relacional, la fuerza de la diferencia sexuada consiste en que posibilita la “unidad de los dos”, reconociendo que la diferencia varón-mujer es fundamental para vertebrar la comunión de personas¹⁴.

En todos nosotros, el redescubrimiento de la identidad –don recibido, llamado a ser don y abierto a la fecundidad– ha comenzado a sanar heridas y a reorientar nuestra misión. Hemos comprobado

¹³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, 15 de agosto de 1988, n. 7, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/it/apost_letters/1988/documents/hf_jp-ii_apl_19880815_mulieris-dignitatem.html [consultado el 23-08-2025].

¹⁴ El capítulo «En torno a las aportaciones de Karol Wojtyła», en B. CASTILLA DE CORTÁZAR, *Mujer ¿quién eres? Antropología de la co-identidad sponsal*, II, Edición digital, Piura 2021.

que la Teología del Cuerpo no es una doctrina marginal, sino una palabra de gracia para nuestro tiempo. Nos recuerda que solo desde la identidad sponsal podemos sostener la comunión y la misión que se nos confían como Regnum Christi. Nos libera de la ilusión de construirnos a nosotros mismos y nos devuelve a la verdad más simple y profunda: somos don. Y solo en el don de sí se encuentra la alegría y la fecundidad de la vida.

II. Comunión

La identidad sponsal no se entiende en soledad. Por su propia lógica interna, abre necesariamente a la comunión: ser persona es ser-don para otro, existir «desde» y «para» la relación. La diferencia sexual, lejos de encerrar en la particularidad, orienta hacia la reciprocidad, hacia ese intercambio en el que el yo se descubre y se realiza en el tú. La Teología del Cuerpo muestra que la persona no alcanza su plenitud aislada, sino en la comunión de personas. Así lo indica san Juan Pablo II al decir:

En su situación originaria, el hombre está solo y al mismo tiempo *se convierte* en varón y mujer: unidad de los dos. En su soledad «se revela» a sí mismo como persona para revelar, al mismo tiempo, en la unidad de los dos, la comunión de las personas. En uno o en otro estado, el ser humano se constituye como imagen y semejanza de Dios. Desde el principio el hombre es también cuerpo entre los cuerpos, y en la unidad de los dos *se convierte* en varón y mujer, descubriendo el significado «sponsal» de su cuerpo según la medida de su ser sujeto personal. Después, el sentido de ser-cuerpo y, en particular, de ser en el cuerpo varón y mujer, es vinculado con el matrimonio y la procreación (esto es, con la paternidad y la maternidad). Sin embargo, *el significado originario y fundamental de ser cuerpo*, como también de ser, en cuanto cuerpo, varón y mujer – es decir, precisamente el significado «sponsal» – *está unido al hecho de que el hombre es creado como persona y llamado a la vida «in communione personarum»*¹⁵.

En la perspectiva de la hermenéutica del don, la identidad recibida (significado filial) se orienta a hacerse don (significado sponsal) y a fructificar (significado fecundo). La estructura sponsal inscrita en el ser-persona reclama una forma de vida en la que el darse y el acoger no son episodios opcionales, sino el camino ordinario de la maduración. La masculinidad y la feminidad no son únicamente capacidades biológicas, sino lenguajes personales que hacen posible una unidad sin confusión y una diferencia sin opo-

¹⁵ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13 de enero de 1982, n. 4, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1982/documents/hf_jp-ii_aud_19820113.html [consultado el 23-08-2025].

sición. Cuando estos lenguajes se acallan –por temor, por sospecha o por ideología– se resiente la comunión, porque se vuelve imposible tanto reconocer como acoger el don del otro.

A. La comunión como reflejo de la Trinidad

La raíz más honda de esta vocación a la comunión está en Dios mismo. La *imago Dei* no se reduce a la racionalidad individual; implica una capacidad de comunión que remite al misterio trinitario. El plural divino de Génesis 1 –«Hagamos al hombre a nuestra imagen»¹⁶– sugiere que la huella de Dios en la criatura humana no es solo el entendimiento y la libertad, sino también la relación. Por eso Juan Pablo II puede afirmar que el hombre «se convierte en imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad cuanto en el momento de la comunión»¹⁷.

En esta clave, el amor esponsal –y por extensión todo amor auténtico– es signo y sacramento (en sentido amplio) de la comunión originaria: remite más allá de sí, hacia la fuente trinitaria de todo don. El cuerpo, que expresa a la persona, hace visible el llamado a la comunión no como algo añadido, sino como una posibilidad fundada en el ser mismo. En otras palabras, la comunión no es una estrategia social; es una verdad ontológica que brota de la identidad esponsal.

B. Significado esponsal y comunión de personas

El significado esponsal del cuerpo se cumple en la comunión de personas. Ser varón o mujer implica estar capacitado para decir –con todo el propio ser– «me doy» y «te recibo». En ese intercambio, cada uno aprende la difícil sabiduría de pertenecerse sin poseerse, de ofrecerse sin perderse. Blanca Castilla lo sintetiza con precisión: varón y mujer son recíprocamente complementarios en orden a la comunión, y su complementariedad alcanza niveles biológicos, psicológicos y ontológicos¹⁸.

Esta complementariedad no uniforma: libera. Permite que la diferencia no sea motivo de rivalidad, sino ocasión de fecundidad; que la unidad no sea fusión, sino alianza. La gramática del don, inscrita en el cuerpo, hace posible un nosotros en el que el yo se expande sin diluirse y el tú es custodiado en su dignidad irrepetible.

¹⁶ Gn 1,26.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 14 de noviembre de 1979, n. 3, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19791114.html [consultado el 23-08-2025].

¹⁸ Cf. B. CASTILLA DE CORTÁZAR, «Giro copernicano en la antropología varón-mujer de Juan Pablo II», *Revista española de Teología* 84 (2024), 249-294.

En la misma lógica, la comunión se despliega también en la diversidad de vocaciones. Laicos, consagradas, consagrados y sacerdotes participan de un mismo don y misión, cada uno según su forma propia de seguir a Cristo. El matrimonio se enriquece al contemplar la entrega esponsal de Cristo y la Iglesia; la virginidad por el Reino recuerda a todos el destino último; el ministerio ordenado sirve y edifica la comunión sacramental. Así, la comunión no confunde identidades, sino que las potencia, volviéndose también pedagógica: educa a mirar la propia vocación desde el otro y a purificarla en referencia a Cristo que no vino a ser servido, sino a servir¹⁹.

C. La comunión en la vida del Regnum Christi

Estas verdades iluminan con fuerza la vida del Regnum Christi, entendido como «familia espiritual y cuerpo apostólico»²⁰. La comunión entre laicos, consagradas, consagrados y legionarios no es mera coexistencia funcional ni reparto de tareas: es una complementariedad esponsal que refleja la vida de la Iglesia. Como recuerdan los Estatutos en el n.5, cada institución federada y los fieles asociados aportan, para el bien y el enriquecimiento de todos, los dones propios de su identidad y vocación. Así, cada vocación contribuye desde su originalidad a la misión común, haciendo visible que la comunión se construye precisamente a partir de la misma diversidad.

En los últimos años hemos visto cómo, a la luz de la Teología del Cuerpo, las relaciones entre vocaciones han pasado –con paciencia y aprendizaje– de la sospecha al reconocimiento, de una coordinación en paralelo a una colaboración real. Esto no ha supuesto disolver carismas, sino afinarlos; no ha sido yuxtaponer agendas, sino unificar la mirada en torno al Señor y su Reino.

Los frutos de este camino comienzan a ser visibles:

- Proyectos más integrales, capaces de acompañar a la persona en todas sus dimensiones (razón, afectividad, espiritualidad, vida familiar y comunitaria).
- Mayor fecundidad apostólica, no por la suma de iniciativas, sino por la sinergia de dones que se enriquecen mutuamente.

Un testimonio eclesial más creíble, porque la comunión vivida «por dentro» se vuelve palabra más potente «hacia fuera».

¹⁹ Cf. Mt 20,28.

²⁰ Estatutos de la Federación Regnum Christi (2019), n. 3.

D. Dimensión eclesial de la comunión

La comunión que buscamos y trabajamos en el *Regnum Christi* participa de la *koinonía* de toda la Iglesia. Por eso se vuelve creíble y atractiva: hace presente en el mundo ese misterio de amor que sorprendía a los paganos –«mirad cómo se aman»– y que sigue siendo hoy una apologética existencial. Las primeras comunidades cristianas, con sus luces y sombras, brindan una referencia concreta: «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones»²¹.

Con palabras programáticas, san Juan Pablo II recordaba al inicio del milenio que la Iglesia es «misterio de comunión», sacramento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano²². Esa comunión –decía– debe convertirse «en la casa y la escuela» donde se aprende el arte del amor. La Teología del Cuerpo ofrece una clave singular para comprender y aprender ese arte: enseña que el cuerpo tiene un lenguaje, y que ese lenguaje es el del don. Por eso la comunión no se decreta: se aprende como se aprende una lengua viva, practicándola –a veces torpemente– hasta que se vuelve connatural.

E. Una comunión redimida y profética

La comunión no es un ideal abstracto, sino una tarea de conversión diaria que, en el *Regnum Christi*, exige integrar la diversidad de vocaciones en un mismo carisma, asumir la corresponsabilidad apostólica y sustituir la desconfianza por una cultura de confianza y gratitud. Para no quedarse en discurso, requiere actitudes concretas: dar primacía a la persona sobre funciones y proyectos, acoger la riqueza de cada vocación, vivir la corresponsabilidad como tarea propia, cultivar la paciencia sabiendo que el tiempo es superior al espacio y sostener todo con la oración personal y comunitaria, especialmente en la Eucaristía y la intercesión común.

Así entendida, la comunión no solo sostiene la misión, la hace creíble. En un mundo marcado por la fragmentación, una comunidad que aprende con humildad el arte del don mutuo se convierte en profecía: signo escatológico no solo en la virginidad por el Reino, sino también en el amor vivido en la diversidad de vocaciones. De este modo, la comunión anticipa ya aquí la participación en la comunión trinitaria, meta hacia la que caminamos.

²¹ *Hch* 2,42.

²² Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001), n. 42, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/2001/documents/hf_jp-ii_apl_20010106_novo-millennio-ineunte.html [consultado el 23-08-2025].

III. Misión

La misión brota naturalmente de la identidad y de la comunión. El don recibido y compartido se expande necesariamente en fecundidad. Es la lógica de las misiones trinitarias, es la lógica del amor. Una identidad sponsal redimida y una comunión auténtica se vuelven necesariamente misioneras: es la lógica del don donado, que en sí mismo es fecundo. La Teología del Cuerpo revela que el hombre solo se encuentra plenamente en el don de sí, y que este don no se agota en la relación interpersonal, sino que se abre al mundo, a la comunión eclesial que nos inserta en la comunión trinitaria. Como afirma el Concilio Vaticano II: «el hombre [...] no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino a través de un don sincero de sí mismo»²³.

A. El significado fecundo del cuerpo y la misión

El cuerpo no solo expresa la identidad y sostiene la comunión, sino que también se convierte en lenguaje de anuncio. San Juan Pablo II explicó que «el cuerpo, de hecho, y solo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino»²⁴. Esta capacidad de manifestar lo invisible alcanza también la misión: el cuerpo evangeliza porque es capaz de expresar el amor de Dios en la vida concreta.

La misión no se transmite únicamente con palabras, sino con la existencia encarnada: la vida misma se convierte en testimonio. Aquí resuena la frase atribuida a san Francisco de Asís: «Predica el Evangelio en todo momento y, si es necesario, usa palabras». El lenguaje del cuerpo en su dimensión apostólica se expresa en gestos, obras, actitudes que evangelizan silenciosamente cuando brotan de un corazón configurado con Cristo.

En este sentido, el significado fecundo del cuerpo ilumina directamente la misión. No se trata solo de engendrar vida biológica, sino de abrirse a la fecundidad espiritual, que es la más profunda porque toca la estructura personal misma. Quien vive su identidad sponsal descubre que su amor se prolonga en fecundidad espiritual: en hijos engendrados en la fe, en personas acompañadas en su camino de conversión, en comunidades fortalecidas en la esperanza. Como recuerda Juan Pablo II, «la conciencia del significado sponsal del cuerpo [...] indica una capacidad particular de expresar el amor en el que el hombre se convierte en don»²⁵.

²³ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24.

²⁴ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 20 de febrero de 1980, n. 4.

²⁵ JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 16 de enero de 1980, n. 4.

Esta fecundidad se traduce también en una fecundidad cultural: proyectos educativos, iniciativas sociales, expresiones artísticas y servicios comunitarios que nacen del don de sí y se convierten en semillas del Reino en la sociedad. Allí donde el hombre se dona verdaderamente, el amor genera cultura, y la misión se vuelve fermento de transformación social.

B. La misión en clave de esponsalidad y de paternidad/maternidad ²⁶

La misión no es activismo ni estrategia de eficiencia, sino fecundidad del amor. Es la responsabilidad de quien, viviendo su esponsalidad, abraza los frutos de su amor fecundo para acompañarlos hasta que den más fruto. La madurez del amor se reconoce en el volver al Padre: no solo para ser un hijo más en su casa, sino para tener su corazón y convertirse en hermano de los hermanos con corazón de padre. Como recuerda el P. Jaime Rodríguez, «la plena realización del hombre como persona, el desarrollo de la imagen de Dios que ha recibido, tiene lugar en la paternidad y en la maternidad. Solo cuando el hombre, varón y mujer, se convierte en padre o madre, adquiere plenamente la autoconciencia de su vida como un don y realiza su vocación al don sincero de sí»²⁷.

La Escritura ilumina esta dimensión paterna de la misión. San Pablo puede decir a los corintios: «Os he desposado con un solo esposo, presentándoos a Cristo como virgen pura» (2Cor 11,2). Y a los gálatas les confiesa: «Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4,19). El apóstol se sabe esposo en cuanto introduce a la comunidad en la alianza con Cristo, y padre en cuanto engendra vida nueva en sus hijos espirituales. Juan Pablo II vivió de manera eminente esta misión en clave esponsal y paterna. Fue esposo de la Iglesia, desposándola con Cristo a través de su predicación y testimonio, y fue padre para millones, engendrando en la fe con su palabra y con su entrega hasta el límite. Su figura muestra que la misión se convierte en auténtica paternidad cuando se nutre de la esponsalidad con Cristo.

Este dinamismo de la fecundidad espiritual atraviesa todos los estados de vida. En el matrimonio, se expresa en engendrar y educar hijos en la fe, y en abrir la familia como hogar de evangelización.

²⁶ Para evitar redundancias, en este apartado se emplea preferentemente el término *paternidad*, sin dejar de reconocer que lo aquí expuesto se aplica también a la maternidad, tanto en su dimensión física como espiritual.

²⁷ J. RODRÍGUEZ, *El varón padre y la mujer madre: plenitud de la imagen de Dios. Diferencia sexual e índole familiar de la persona desde la teología del cuerpo de San Juan Pablo II*, Dissertatio ad Doctoratum, Facultad de Teología, Pontificio Ateneo Regina Apostolorum, Roma 2017, 365.

En la consagración, se traduce en generar vida espiritual en comunidades y apostolados, testimoniando que la fecundidad última es la de la comunión con Dios. En el ministerio ordenado, se encarna en la paternidad pastoral que custodia, alimenta y guía al pueblo de Dios como reflejo del Buen Pastor.

La Teología del Cuerpo ayuda a comprender que esta fecundidad esponsal de Cristo con la Iglesia se manifiesta como maternidad y paternidad espirituales, un don que no es exclusivo de una vocación, sino compartido y enriquecido en la complementariedad²⁸. Para las Consagradas, se traduce en una maternidad espiritual que custodia la comunión y engendra vida nueva desde su identidad femenina²⁹. Para los Laicos Consagrados, aparece como paternidad espiritual en medio del mundo, testimonio profético de un amor que llena de vida las realidades temporales. Para los

²⁸ Los documentos de derecho propio de las instituciones federadas muestran de manera convergente que la fecundidad espiritual brota del vínculo entre el voto o promesa de castidad y la dimensión esponsal del amor a Cristo:

«Se consagran total y definitivamente, con corazón indiviso, al amor supremo de Cristo esposo, siendo fuente más abundante de fecundidad en la Iglesia» (*Constituciones de las Consagradas del Regnum Christi*, n. 20, §1 en <https://consagradasrc.org/wp-content/uploads/2021/06/Constituciones-SVA-CRC.pdf> [consultado el 23-08-2025].); «Por nuestro voto de castidad nos entregamos total y exclusivamente a Cristo, queremos ofrecerle un corazón indiviso, virginal. Desde esa entrega en el amor y desde la convicción de la fecundidad que Dios otorga a nuestra oblación, nos abrimos a recibir el don de una nueva forma de maternidad, la maternidad en el Espíritu». (*Ratio institutionis de las Consagradas del Regnum Christi* (2025), n. 71).

«Consideren siempre la vivencia de la virginidad consagrada como un don del amor de Dios, que obra la transformación del corazón y es signo y estímulo de la caridad hacia Dios y máxima expresión del amor y entrega a los hombres. Siendo, por tanto, fuente de auténtica realización personal y de especial fecundidad en el mundo» (*Reglamento de los Laicos Consagrados del Regnum Christi*, n.19, en <https://laicosconsagradosrc.org/wp-content/uploads/2022/01/Reglamento-SVA-LCRC-2021-A5.pdf> [consultado el 23-08-2025].). Asimismo, n. 22, §3: «Vean en la paternidad espiritual, propia de la virginidad consagrada, un don de Dios en su relación con las personas».

«Manifiestan el amor esponsal de Cristo a su Iglesia y adquieren, en la paternidad espiritual, la plena disponibilidad afectiva y real al servicio del Reino, invitando a los hombres a la contemplación y esperanza de los bienes futuros. [...] Consideren la vivencia de este ideal excelso como un don del amor de Dios, signo y estímulo de la caridad hacia Él y especial expresión del amor y entrega a los hombres, y como una fuente de auténtica realización personal y de particular fecundidad espiritual» (*Constituciones de los Legionarios de Cristo*, n. 27, §3, 28, en <https://www.legionariosdecristo.org/direcciongeneral/wp-content/uploads/2020/11/CLC2020.pdf> [consultado el 23-08-2025].).

²⁹ «Como mujeres, llamadas a la esponsalidad y a la maternidad espiritual, queremos que nuestra vida totalmente entregada a Él y a nuestros hermanos sea fecunda. Nos sentimos llamadas a engendrar hijos en Cristo» (*Ratio institutionis de las Consagradas del Regnum Christi*, n. 247). «Toda la constitución femenina está preparada para acoger y dar vida, entregarse totalmente y ser capaz de nutrir, cuidar y formar a otros [...] La mujer consagrada [...] está llamada a vivir esa donación y acogida de manera incondicional» (*Ratio institutionis de las Consagradas del Regnum Christi*, n. 53).

Legionarios, se expresa en la paternidad sacerdotal que engendra hijos en la fe a través de la Palabra, los sacramentos y la guía espiritual³⁰. De este modo, la misión apostólica se enriquece con una fecundidad diversa y complementaria, donde lo masculino y lo femenino, lo sacerdotal y lo secular, confluyen en una misma tarea de engendrar vida en Cristo para el mundo. Es a lo que también se invita a los Legionarios de Cristo en *Christus vita vestra*: «La paternidad del sacerdote se educa en contacto con la maternidad de la Iglesia, que se refleja en la mujer, especialmente en la mujer consagrada. En nuestro caso, al compartir carisma y misión en el seno de un único Movimiento en el que participan hombres y mujeres, tenemos una especial oportunidad de aprender a vivir esta relación de modo maduro»³¹.

En este mismo horizonte de fecundidad y servicio, conviene reconocer que, en algunos momentos de nuestra historia, la autoridad fue ejercida más como poder que como don. Esa experiencia dejó heridas que hoy están siendo redimidas por la gracia y que recuerdan a quienes tienen «el servicio de la autoridad»³² la necesidad de velar primero sobre sí mismos para vivirla según el Evangelio. La Teología del Cuerpo ayuda a purificar esa memoria, mostrando que la verdadera paternidad no se ejerce desde la lógica del dominio, sino desde la lógica del don. Así, la autoridad se convierte en servicio de comunión, fuente de confianza y fecundidad. Y la misión, lejos de reducirse a control o protagonismo, se revela como tarea compartida, donde cada vocación aporta lo propio y todos juntos experimentamos la alegría de engendrar vida nueva en Cristo en el seno de la Iglesia.

³⁰ «Ese amor es fecundo: la Palabra de Dios y los sacramentos que recibe de la Iglesia le hacen padre en el espíritu, para engendrar vida sobrenatural y, una vez engendrada, para llevarla a su plenitud, entregándose y gastándose sin más gozo que el ver a sus hijos crecer y desarrollarse en su relación con Dios» (*Christus vita vestra. Ratio institutionis de los Legionarios de Cristo* (2017), n. 241, en <https://www.legionariosdecristo.org/direcciongeneral/wp-content/uploads/2019/11/cv-Ratio-institutionis-LC.pdf> [consultado el 23-08-2025]). «El mismo Espíritu desarrolla también en el sacerdote la paternidad espiritual, que significa generar a otros en la fe y que se manifiesta en la solicitud por quienes le son encomendados, un esfuerzo por verlos crecer hasta su plenitud vocacional» (*Ibidem*, n. 875).

³¹ *Christus vita vestra* (2017), n. 242.

³² Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción *El servicio de la autoridad y la obediencia. Reflexiones doctrinales* (2008), en https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsclife/documents/rc_con_ccsclife_doc_20080511_autorita-obbedienza_sp.html [consultado el 23-08-2025].

C. Una misión comunitaria, corresponsable y complementaria

El carisma del Regnum Christi lo expresa con claridad: «hacer presente el Reino de Cristo respondiendo a las necesidades del mundo desde una acción apostólica personal y comunitaria»³³. La Teología del Cuerpo ilumina este carisma mostrando que la misión no se hace desde la mera eficiencia, sino desde la lógica del don.

Los frutos de este enfoque se perciben en apostolados donde lo esencial no es la cantidad de actividades, sino la calidad de la entrega; en iniciativas que nacen del encuentro personal con Cristo y se orientan a generar una auténtica cultura del don. Nuestra preocupación principal no puede ser el rendimiento, sino el fruto del Espíritu, que es la santidad de vida³⁴. Allí somos verdaderamente padres y madres espirituales en un mundo sumergido en una crisis de paternidad. Juan Pablo II lo expresó en su poema *Esplendor de la paternidad*: el esplendor de Dios Padre se refleja en la capacidad humana de engendrar vida y custodiarla en el amor³⁵.

La misión no es tarea de especialistas, sino vocación compartida. Todos –laicos, consagrados, legionarios– estamos llamados a evangelizar desde nuestro propio estado de vida. La Teología del Cuerpo ayuda a comprender que cada vocación contribuye de manera esponsal y complementaria a la misión común: los dones femeninos y masculinos, laicos y consagrados, ministeriales y seculares, se enriquecen y sostienen mutuamente. Como enseña san Juan Pablo II, la corresponsabilidad apostólica no es una opción secundaria, sino expresión madura de la comunión³⁶. Cuando cada vocación se ofrece en don, la misión se vuelve más fecunda, más creíble y más fiel al carisma recibido.

D. Dimensión eclesial de la misión

El Regnum Christi participa de la misión universal de la Iglesia: «Id y haced discípulos a todas las naciones»³⁷. San Juan Pablo II insistía en que la Iglesia no solo tiene una misión, sino que es misión: «la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún

³³ *Estatutos de la Federación Regnum Christi* (2019), Proemio 1.

³⁴ Cf. *Gal* 5,22-23.

³⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Esplendor de la paternidad*, Universidad Católica de San Antonio, Murcia 2003.

³⁶ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici* (1988), n. 32, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_30121988_christifideles-laici.html [consultado el 23-08-2025].

³⁷ *Mt* 28,19.

lejos de cumplirse»³⁸. Esta conciencia se traduce en disponibilidad y en impulso evangelizador.

La Teología del Cuerpo ofrece un lenguaje capaz de traducir el Evangelio al hombre contemporáneo: anuncia la verdad del amor humano, responde a sus heridas más hondas y abre un horizonte de esperanza; su potencial evangelizador apenas comienza a desplegarse en la Iglesia.

El *Regnum Christi* está llamado a ser signo profético en un mundo marcado por el individualismo: mostrar que la verdadera libertad se realiza en el don de sí. No se trata de hacer más cosas, sino de ser más testigos, de ser amigos que conducen a la Amistad, la de Cristo, Esposo que dio su vida por la Esposa. Como canta el himno latino, *Adeste fideles*: «Sic nos amantem, quis non redamaret?» (¿Quién no amará a Aquel que así nos amó?).

Encarnar la gramática del amor en el cuerpo, en la cultura, la educación, la pastoral y el servicio social significa hacer del don la forma misma de evangelizar. De este modo, la misión se convierte en anticipo de la plenitud escatológica y su fecundidad apostólica en signo de la Jerusalén celestial. Misión en clave escatológica, no en cuanto desencarnada, sino porque brota de los deseos profundamente purificados y orientados hacia el cumplimiento último en las bodas del Cordero.

Conclusión

El recorrido realizado nos ha permitido comprobar cómo la Teología del Cuerpo de san Juan Pablo II ofrece una luz singular para nuestro tiempo y para nuestro propio camino como *Regnum Christi*. Frente a una cultura marcada por la fractura antropológica y el individualismo, esta enseñanza despliega una lógica distinta: la lógica del don. Desde ahí hemos releído nuestra historia y redescubierto que la gracia se hace presente en medio de la fragilidad, y que «ahí donde abundó el pecado, ha sobreabundado la gracia»³⁹.

La identidad aparece como el primer ámbito de esta renovación. Ser varón, ser mujer, significa ser-don: masculinidad y feminidad no son accidentes de la persona, sino la expresión misma de su identidad y por tanto vocación al amor. El cuerpo, con su significado filial, sponsal y fecundo, nos libera de la autorreferencialidad y nos abre al horizonte de la comunión.

³⁸ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio* (1990), n. 1, en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio.html [consultado el 23-08-2025].

³⁹ *Rm* 5,20.

La comunión se presenta como el segundo pilar. La persona no alcanza su plenitud en soledad, sino en unidad. La comunión de personas refleja la comunión trinitaria y, en nuestro caso, fundamenta la comunión de las diversas vocaciones que constituyen al *Regnum Christi* como familia espiritual y cuerpo apostólico. Solo desde la lógica del don podemos superar nuestras diferencias, salir al encuentro del otro y construir una comunidad eclesial humilde y fuerte.

Finalmente, la misión surge como consecuencia natural. La identidad y la comunión se expanden en fecundidad: no haciendo más cosas, sino dejando que el Espíritu dé fruto en nosotros. La misión, vivida en clave de sponsalidad y paternidad/maternidad, nos convierte en verdaderos padres y madres espirituales de un mundo que atraviesa una grave crisis de sentido y de paternidad. Vivir y encarnar nuestro carisma de «hacer presente el Reino de Cristo»⁴⁰ se ilumina a la luz de la Teología del Cuerpo, que nos impulsa a ofrecerlo hoy como testimonio y propuesta de una auténtica cultura del don.

Este itinerario no concluye con estas páginas. Al contrario, se abre como invitación: a nivel personal, a revisar cómo vivimos el significado esponsal de nuestro cuerpo; a nivel comunitario, a crecer en la comunión en esta comunidad dentro de la Iglesia donde el Señor nos ha llamado; y a nivel apostólico, a vivir una misión cada vez más alegre y confiada porque sabemos que «es el Espíritu el que da vida»⁴¹.

En definitiva, lo que hemos comentado no es una reflexión teórica, sino el eco de una verdad inscrita en lo más hondo de la existencia humana: somos un don, llamado a ser donado. Y como escribía san Juan Pablo II en una de sus meditaciones más íntimas:

Solo puede hacerse don desinteresado para los demás quien se posee a sí mismo. De ese modo existe Dios en el inefable misterio de su vida interior. También el hombre, desde el principio, fue llamado a una existencia semejante. Por eso Dios lo creó varón y mujer. Sin embargo, al crear a la mujer y ponerla ante el hombre, liberó en el corazón de este último la conciencia del don. «Ella es mía y ella es para mí, y gracias a ella yo puedo hacerme don, ya que ella misma es don para mí»⁴²

Con esta conciencia podemos seguir caminando en identidad, comunión y misión, como familia espiritual al servicio de la Iglesia y del mundo.

⁴⁰ *Estatutos de la Federación Regnum Christi*, Proemio 1.

⁴¹ *Jn* 6,63.

⁴² K. WOJTYŁA, *El don desinteresado*, Ediciones Palabra, Madrid 2011, 42-43.